



Saberes expertos e indígenas urbanos en los años sesenta y setenta (provincia de Chaco, Argentina)

Cecilia Quevedo¹

Resumen

En el artículo analizamos las descripciones antropológicas realizadas sobre espacios domésticos indígenas en el Barrio Toba de la ciudad de Resistencia entre 1969 y 1970. El trabajo aborda en los informes de antropólogos sociales metropolitanos que operaron como una manera legítima de conocer la organización de las familias y las intervenciones de otras instituciones locales sobre estos grupos. En la década de los 60, los residentes indígenas del Barrio Toba fueron visibilizados dentro de los problemas públicos provinciales a partir de su falta de integración y las características de sus condiciones habitacionales. Por lo que, la contratación de los expertos y sus observaciones espaciales nos permite reflexionar sobre las imbricaciones de la academia, la configuración desarrollista y el problema indígena en un escenario urbano marcadamente desigual. Nos preguntamos hasta qué punto la intervención concreta de los expertos en este barrio, desde valoraciones y construcciones de sentidos, puede ser comprendida dentro de procesos de alterización más amplios suscitados en periodo. La metodología se basa en el análisis de un corpus documental compuesto por los resultados de la consultoría realizada por el equipo de expertos que lideró Esther Hermitte para el gobierno de Chaco. El propósito del artículo es la revisión de objetivaciones sobre lugares, sujetos y relaciones por las cuales el saber antropológico converge con agendas transnacionales, debates académicos e instituciones barriales en una etapa singular del capitalismo chaqueño.

¹ IECET-UNC, CONICET. quevedoceci@gmail.com

Palabras clave: antropología; Barrio Toba; integración; desarrollo; vivienda.

Expert knowledge and urban indigenous in the sixty and seventy years (Chaco province, Argentina)

Abstract

In the article we analyze the anthropological descriptions made of indigenous domestic spaces in the Toba neighborhood of the city of Resistencia between 1969 and 1970. The work addresses the reports of metropolitan social anthropologists that operated as a legitimate way of knowing the organization of families and the interventions of other local institutions on these groups. In the 1960s, the indigenous residents of Barrio Toba were made visible within the provincial public problems due to their lack of integration and the characteristics of their housing conditions. Therefore, the hiring of experts and their spatial observations allows us to reflect on the overlaps of the academy, the developmental configuration and the indigenous problem in a markedly unequal urban setting. We wonder to what extent the specific intervention of the experts in this neighborhood, from evaluations and constructions of meanings, can be understood within the broader processes of alterization that have arisen over the period. The methodology is based on the analysis of a documentary corpus made up of the results of the consultancy carried out by the team of experts led by Esther Hermitte for the Chaco government. The purpose of the article is to review the objectifications of places, subjects, and relationships by which anthropological knowledge converges with transnational agendas, academic debates, and neighborhood institutions in a singular stage of Chaco capitalism.

Keywords: anthropology; Toba neighborhood; integration; development; housing.

Introducción

En Argentina, desde las últimas décadas, son cada vez más tematizados los procesos de urbanización de las poblaciones indígenas en estudios historiográficos, antropológicos y sociológicos. Las migraciones a contextos urbanos de estos grupos étnicos han sido particularmente

manifiestas en el noreste argentino a mitad de siglo XX. Al nordeste de la ciudad de Resistencia, el Barrio Toba nació como asentamiento de grupos indígenas apartados de sus territorios de origen, principalmente a causa de los cambios en la producción agropecuaria por la mecanización de los procesos.

No obstante, existieron contextos políticos singulares donde estas dinámicas sociales y desplazamientos indígenas adquirieron visibilidad constituyéndose en objeto de estudio tanto para académicos como para funcionarios estatales y organismos técnicos. Sin dudas, los años 60 y 70 expresaron la preocupación por el Desarrollo (Escobar, 2007) como discurso hegemónico y la puesta en marcha de una trama de agencias institucionales que inaugurarían formas de regulación de la población indígena ahora urbanizada. En esta etapa del capitalismo, la ideología vinculada al desarrollo económico y al productivismo respecto de los grupos indígenas buscó “la integración a la sociedad nacional” desde distintos agentes y organismos heterogéneos.

En la provincia de Chaco, desde la década de 1940, la crisis agrícola y forestal del modelo productivo provincial propició un contexto de expulsión de la población indígena de la etnia Qom (Toba) proletarizada en esas actividades económicas hacia el ámbito urbano (Guarino, 2011). Las desigualdades estructurales produjeron altos niveles de migraciones en sectores subalternos (no sólo indígenas) que fueron reubicándose en grandes centros poblaciones como la ciudad de Resistencia, la capital provincial². En ese marco, y en el convulsionado año de 1969, el gobierno

² La provincia de Chaco se ubica al nordeste de Argentina y en el siglo XX cuenta dos grandes periodos historiográficos: hasta 1951 como Territorio Nacional de Chaco y luego de ese año se autonomiza como Provincia. Es una región caracterizada por la imposición de la dinámica de la acumulación capitalista y la dominación cultural a grupos indígenas desde fines del siglo XIX y principios del XX. Una de las estrategias centrales de la violencia ejercida sobre estos grupos cazadores-recolectores ha sido la construcción histórica y combinada de los procesos de proletarización y sedentarización. Luego del avance militar, la política nacional implementada hacia el indígena fue de características integracionista. Esta suponía, además de su incorporación a partir del trabajo asalariado, también el acceso a los beneficios sociales otorgados por el Estado (es decir, la propiedad de la tierra, el acceso a la educación, la regulación de su situación civil, etc.).

provincial de Chaco solicitó un informe a los académicos del Instituto Di Tella, financiado por el Consejo Federal de Inversiones (CFI). La finalidad de esta consultoría era elaborar políticas para alentar la integración del grupo indígena a la dinámica socioeconómica provincial. La investigación requerida a los expertos metropolitanos tenía por objeto describir y categorizar la organización de los aborígenes, reconstruyendo mundos sociales, relaciones y conflictos entre diferentes grupos étnicos. El Barrio Toba fue una de las cuatro comunidades indígenas examinadas en el interior provincial.

En nuestras entrevistas realizadas en los últimos cuatros años, los ancianos que vivenciaron aquella etapa organizativa del Barrio Toba la recuerdan como un gran momento de bienestar y con mucha carga emotiva. En gran medida, esta consideración obedece a que están periodo emergieron nuevas organizaciones y relaciones que les posibilitaron disputar recursos y medios de subsistencia. Es en este punto que nos interesa proponer una primera aproximación a las mediaciones políticas y técnicas dentro de la hegemonía desarrollista, de la cual también eran parte los equipos académicos que llegaban desde la capital del país a la región chaqueña. Así, comprendemos la consultoría como un caso resultante de una intervención localizada del Desarrollo aunque esto no suponga que sus responsables sean meros instrumentos de ese discurso.

En este sentido, en el trabajo abordamos dos dimensiones para comprender la construcción del problema indígena en esta década como un gozne entre la hegemonía desarrollista y las interpretaciones antropológicas. En primer lugar, el artículo analiza la configuración desarrollista (Castelnuovo, 2019) en un momento sociohistórico donde el productivismo de pueblos indígenas aparece altamente valorado en las distintas regiones del norte argentino. Nos ocupamos de contextualizar el lugar que ocupó el campo antropológico en relación a saberes expertos a partir de la trayectoria de Esther Hermitte. En segundo lugar, nos acercamos a una experiencia concreta de intervención mediante consultoría deteniéndonos en dos aspectos: por una parte, en las descripciones y diagnósticos sobre las habitabilidades y el entorno de familias indígenas, entendidas como los espacios domésticos de un grupo subalterno en relación a otros; por otra, nos detenemos en que la intervención experta también observó críticamente las prácticas de organismos sanitaristas que, desde comienzos de la década de 1960, tutelaban a la población indígena del Barrio Toba.

El propósito del presente artículo tiene dos dimensiones recuperando los aspectos contradictorios del escenario social problematizado. Por un lado, reconstruimos las formas ideológicas de producir/intelegir a la localización indígena como campo de intervención política y técnica. Por otro lado, exploramos desde qué observaciones y prejuicios un grupo de antropólogos/as metropolitanos interpellaron al Barrio Toba en 1969, y nos preguntamos en qué medida esa construcción pudo haber fortalecido los procesos de alterización de dicha población. A partir de este horizonte configuramos un corpus documental con los tres tomos resultantes de la consultoría publicados como “Estudio sobre la situación de los aborígenes en la Provincia del Chaco y políticas para su integración a la sociedad nacional” (1995 [1969-1971]). En efecto, la estrategia metodológica se sustenta en el reconocimiento de los sentidos y tópicos dominantes sobre lo indígena y la espacialidad a partir del estudio realizado por el equipo de antropólogos sociales en el Barrio Toba.

La configuración desarrollista: el encuentro entre expertos e indígenas

Si bien la hegemonía desarrollista es lo que dió forma a significados, prácticas y formas de conciencia social también generó agencias diversas y campos de disputa (Williams, 2000), tanto para pensar el rol de los expertos como la de grupos subordinados. Es decir, como toda hegemonía, nunca representa una lógica totalizadora, aun cuando condense tantas redes de poder. En este punto radica el primero de nuestros argumentos: si la influencia de los discursos hegemónicos del Desarrollo generó un sinfín de significados y valores productivistas e integracionistas en torno al indígena, estos implicaron siempre prácticas de intervención concretas que deben ser analizadas en relación a su configuración histórica. Es por esto que nos detenemos en algunas precisiones contextuales.

En primera instancia, en el clima de ideas de las décadas del 60 y 70 emergen actores institucionales, vínculos interinstitucionales y objetivos políticos. La presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962), en Argentina expandió un imaginario identificado con el desarrollo como programa económico. Para salir del subdesarrollo eran necesarias políticas específicas impulsadas desde los Estados nacionales. Estas incluían moderadas reformas agrarias, tecnificación de la agricultura e industrialización progresiva. En este periodo, la mayoría de los gobiernos

latinoamericanos adhirieron a las metas de planeamiento y de la Alianza para el Progreso auspiciada por Estados Unidos en la reunión de Punta del Este de 1961. Desde entonces, el desarrollo como ideología requiere la tarea de desmontar sus problematizaciones, espacialidades y subjetividades.

La reconfiguración del Estado durante la institucionalización del Desarrollo estuvo sostenida en la legitimación de nuevos saberes y espacios burocráticos. La convergencia entre intelectuales y expertos formados en la ciencia económica contribuyeron a expandir la doctrina desarrollista (Neiburg y Plotkin, 2004). En efecto, este contexto se caracterizó por la primacía de soluciones técnicas y de criterios racionales fundados en el conocimiento científico de las problemáticas. Los nuevos saberes requirieron del reclutamiento de profesionales en la órbita de las burocracias puestas en marcha. Las intervenciones involucraban prácticas como “evaluaciones técnicas; esquemas institucionales; formas de asesoría; generación, transmisión y difusión de conocimientos; capacitación de personal; preparación rutinaria de informes, y hasta estructuras burocráticas” (Escobar, 2007: 156).

En 1959, a partir de la institucionalización del nuevo paradigma, se crean el Consejo Federal de Inversiones (CFI), el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) y el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE). El CFI, creado a partir de una Carta de Constitución, se invistió con el objetivo de la orientación de las inversiones sobre la base de las posibilidades económicas de las distintas regiones. Como resultado de un pacto federal, el CFI adviene como un organismo promotor del desarrollo al interior de las provincias argentinas en pos de su inserción internacional. Desde entonces, el organismo buscó “promover el desarrollo armónico e integral del país para lograr condiciones favorables de bienestar social” (portal web CFI, 2017).

En Chaco, el CFI tuvo una gravitación central como escenario de operatoria de investigadores sociales y políticas económicas. En los años 60, el CFI fue un eslabón de la planificación estatal en la nueva meta del desarrollo como expectativa provincial en dos sentidos: tanto en la coordinación entre expertos y modernización agrícola, así como en el vínculo entre expertos y

política indigenista³. Con un doble rol, el CFI promovió el cruce de investigaciones, redes de especialistas y políticas económicas tanto para el agro chaqueño como para la promoción indigenista. En la comprensión tecnocrática de las problemáticas sociales, el organismo contrató a un equipo de antropólogos del Instituto Di Tella para conocer y diagnosticar el estado de la población indígena en la provincia de Chaco⁴.

Como es sabido, el campo semántico vinculado al desarrollo se identifica por una producción textual abrumadora (Castelnuevo, 2019) que, evidentemente, también caracteriza el rigor y extensión de los informes técnicos y los documentos de las asesorías. El informe realizado por el equipo de Hermitte cuenta con esas características. De tamaño extensión documental manifiesta significaciones valiosas para comprender las prácticas de regulación doméstica y urbana sobre los pueblos indígenas y, a su vez, las relaciones con las actividades productivas enmarcadas en un contexto de crisis del modelo económico chaqueño, particularmente del ciclo del algodón.

La contratación de los académicos y sus prescripciones es también significativa por la red de organismos estatales que pone en diálogo. Como veremos más adelante, el informe en cuestión refiere tanto a la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), creada en 1956, y a la Dirección Provincial del Aborigen Chaqueño (DPA), instituida en 1952 como organismo indigenista. Ambas instituciones forman parte de la nueva institucionalidad que instaura el estatus como provincia de Chaco.

³ Algunos referentes en el campo intelectual auspiciaban transformaciones en la producción algodonera. En la provincia de Chaco, la “revolución verde” se promovía como modelo de modernización agropecuaria durante la crisis por la aparición de la fibra sintética. Un experto reconocido fue Jones Valentín Howell Washington que, en 1967, publicó el informe -también solicitado por el gobierno provincial- denominado “Política de tierras, diversificación agropecuaria y crecimiento económico en la provincia del Chaco”. El CFI e instituciones como el INTA (con las Estaciones experimentales regionales) y la UNNE (produciendo ingenieros agrónomos) “jugaron un rol de gran importancia, involucrándose en las decisiones y programas que se realizaron desde el gobierno provincial” (Almirón, 2017: 167).

⁴ Un tiempo antes, Hermitte había obtenido un subsidio del CONICET para realizar trabajo de campo en la localidad de Belén (Catamarca) entre 1967 y 1970 (Domínguez Mon, *et. al.*, 1997), lugar donde volvería luego como consultora del CFI para la “Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la Provincia de Catamarca” (Hermitte, 1972). Desde este periodo, el CFI apuntó a la promoción de actividades culturales y económicas locales (tejeduría, artesanía, etc.) y, para ello, financió estudios puntuales.

Una generación de antropólogos sociales entre la academia y las consultorías

Nuestro segundo argumento parte de considerar que las asociaciones e imbricaciones inter-institucionales entre las agendas (teóricas y prácticas) del campo antropológico y las coyunturas (sociohistóricas y experienciales) de los pueblos indígenas del Gran Chaco argentino muestran a finales de los 60 algunas características distintivas. Es aquí donde nos preguntamos respecto a la experiencia del equipo antropológico, desde qué categorías y valoraciones problematizó los mundos sociales en el Barrio Toba. Por ello, es prioritario una sucinta referencia al campo académico del que formaban parte los consultores y que nutría a buena parte de sus apreciaciones.

En primer término, debemos destacar que el lugar del saber académico no es solo reductible a la figura del antropólogo como experto de la alteridad radical y del trabajo de campo -aunque estos fueron especialmente entrenados desde las “orientaciones generales para el trabajo de campo”-. En efecto, en la planificación de la consultoría estipuló una división del trabajo experto en cargos o disciplinas (director del centro; antropólogo director del proyecto; antropólogo principal; antropólogo auxiliar; sociólogo; economista; demógrafo; jurista; y planificador⁵) y el manejo de técnicas en las distintas etapas del proyecto (preliminar; trabajo de campo; análisis; escritura de diagnóstico y formulación de conclusiones). Además, se prescribía un cronograma durante 10 meses, un diagrama de trabajo identificando áreas-problema y unas cuantas definiciones conceptuales para el desarrollo de la consultoría. El trabajo solicitado a los profesionales del Instituto Di Tella se llevó a cabo en cuatro localidades chaqueñas. Concretamente, las descripciones en el Barrio Toba fueron realizadas por la directora del estudio, Esther Hermitte,

⁵ Los aspectos preparatorios incluyen cómo debería ser la contribución de cada uno de los saberes académicos y sus intercambios respectivos. En este sentido, se detallan los aportes del sociólogo, del economista, del antropólogo al economista y del antropólogo al jurista. Los criterios fundados en el conocimiento científico de las problemáticas estipulaban en el diálogo entre el antropólogo y el economista aspectos microeconómicos a tener en cuenta en la recolección de datos. A su vez, el cruce de saberes del antropólogo y el jurista vislumbraba el conocimiento del régimen de tenencia de la tierra y su transmisión, interpretación de normativas y derechos, litigios entre indígenas y criollos, entre otros aspectos.

junto a su discípulo, Alejandro Isla. Como expertos del trabajo de campo, formaban parte de un grupo interdisciplinario más amplio⁶.

En segundo término, deberíamos considerar que estos profesionales formaron parte de la configuración desarrollista en el sentido propuesto por Castelnuovo, conectando “lugares, personas, imaginarios, mercancías, prácticas, ideologías, discursos y valores que suceden en distintos dominios: local, nacional y transnacional” (2019: 40). Dentro de las formas históricas en que los indígenas se han vinculado con los programas de desarrollo, es gravitante el papel que tuvieron ciertas teorías antropológicas (Escobar, 1999; Guber, 1998; Leone, 2016). Estas asociaciones afectaron tanto las formas de representación de la alteridad como las implicancias concretas de la praxis desarrollista en la región chaqueña. De este modo, observamos las maneras en que la antropología como práctica etnográfica fue hacia el “encuentro del desarrollo” (Escobar, 2007: 37), aunque no siempre de manera reflexiva en sus agentes.

En este marco, María Esther Álvarez—aunque divorciada—de Hermitte fue una mujer prestigiosa que se desarrolló en la etapa fundacional de la Antropología Social⁷. Con financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), había adquirido en la academia de Chicago el grado de *Master of Art* (en 1962) y *Philosophical Doctor* (en 1964) con honores por la calidad de sus tesis. Antes de su viaje trabajó en el Museo Etnográfico de Buenos Aires; mientras que a su regreso se desempeñó brevemente como docente en la UBA. Luego de renunciar por la irrupción policial de 1966, conocida como “noche de los bastones largos”, incursionó en el Instituto Torcuato Di Tella (1966-1975).

⁶ La consultoría consistió en un diagnóstico cualitativo y cuantitativo de las condiciones de existencia o nivel de vida de los indígenas a partir de un exhaustivo trabajo de campo. A diferencia de las dos principales investigaciones (Guber, 2013) en Pínola (México) y en Belén (Catamarca), el trabajo en Chaco queda relegado por la suerte que correría el reconocimiento de Hermitte dentro del campo antropológico metropolitano, sumado a la interrupción financiera de la consultoría. El trabajo de campo culminó y se sistematizó en 1970 mientras que el informe final se elevó al CFI al año siguiente.

⁷ La Antropología se había institucionalizado como disciplina en 1957 en la Universidad de La Plata y en 1958 en la Universidad de Buenos Aires (UBA), en ambas como “reconstrucción de patrimonios pretéritos” (Guber, 2013: 44).

En Estados Unidos, Hermitte había desarrollado su formación en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago entre los años 1959 y 1965. Desde el enfoque estructural-funcionalista desplegó su vasta experiencia de campo en los Altos de Chiapas en México, localidad híper-frecuentada por antropólogos norteamericanos. Investigando sobre el poder sobrenatural y el control social de poblaciones mayas en una localidad bicultural (tzetzal y ladinos), sus aportes replantearon las nociones dominantes en la época sobre lo que se conoce como “nahualismo” (Guber, 2013). En este marco, Hermitte promocionaba una Antropología Social de orientación británica, más que norteamericana, basada en el trabajo de campo prolongado. En México, Hermitte también transitó las consecuencias del contexto nacionalista posterior al I Congreso Indigenista donde se vinculaba el rol del antropólogo desde la profesión a la política indigenista. De allí que, desde un programa basado en la antropología aplicada, contribuyó a explorar las potencialidades disciplinares para erigirse como consejeros de políticas indigenistas.

Al finalizar el derrotero académico internacional, la labor de Hermitte en el Instituto Di Tella se desarrolló en la Sección de Antropología Social que ella dirigió. Creado en 1958, el ámbito cultural y elitista del Instituto Di Tella era considerado un “*thinktank* porteño” (Guber, 2010) del periodo. Nombrada como “investigadora jefe” de la sección de Antropología Social del Centro de Investigaciones Sociales (CIS), se vinculó a la labor de consultoría estatal. El gobierno de la provincia de Chaco, mediante la DPA, demandó al CFI la realización de un informe sobre la situación de indígenas, que a su vez contrató a los/as antropólogos/as. Entre 1969 y 1970, Hermitte dirigió el proyecto interdisciplinario en convenio entre el Instituto Di Tella y el CFI. A su vez, se contrató al equipo de planificadores físicos de la UNNE dirigido por Brian Thompson (Hermitte y equipo, 1995a). Sus asistentes de campo fueron el historiador Nicolás Iñigo Carrera y los/as antropólogos/as Alejandro Isla y Piedad Gómez Villa. Ellos enviaron periódicamente la información obtenida a Buenos Aires. Por su parte, Hermitte viajaba de Resistencia a Buenos Aires y allí continuaba la dirección general del proyecto.

Como expresa Guber (1998), la generación de antropólogos de los setenta no se corresponde con una antropología culturalista que romantizó formas “ancestrales” de lo indígena. Dada su extensa trayectoria académica previa, Hermitte leerá algunas las particularidades del grupo Toba en el Barrio Toba desde argumentos elaborados a partir de sus observaciones en el contexto mexicano.

Por ejemplo, la vinculación entre cambio cultural y el contexto urbano, es decir, el pasaje de la población aldeana a la sociedad urbana, queda explícito cuando la antropóloga devenida en experta analiza:

[...] Podría suponerse *a priori*, que la ubicación (...) traería como consecuencia que los indígenas estén expuestos a fuerzas aculturativas más intensas que los que permanecen en sus comunidades de origen, pero como han sido demostrados en estudios antropológicos realizados, especialmente en México, no parece haber relación causal entre la proximidad a un centro urbano y la aceleración del cambio cultural. Por el contrario, esa proximidad puede generar mecanismos que lleven a una “encapsulación” de formas culturales, precisamente para conservar la identidad indígena frente al impacto de la cultura superordinada” (Hermitte y equipo, 1995c: 144).

“Señores, no quiero un indio más en Resistencia”

En la década del cincuenta, el Barrio Toba había surgido en el contexto de las dos presidencias de Juan D. Perón (1946-1955) y en el marco de reclamos por la tierra desde los sectores indígenas desplazados de sus tierras en la región central de la provincia. Desde este periodo, la ciudad de Resistencia presentaba una serie de características (Guarino, 2006) que dan cuenta de los procesos singulares que condicionaron el poblamiento del Barrio Toba en sitios fiscales aledaños al ferrocarril. Por una parte, la ciudad de Resistencia se proyectaba como un polo de desarrollo económico, lo cual la ubicó como un centro de atracción para esta migración rural. Por otra parte, el impulso estatal de la colonización en el interior provincial había estimulado la privatización de las tierras públicas, imposibilitando el arraigo de las poblaciones rurales. Finalmente, la profundización de la crisis agrícola-forestal impactó en la estructura demográfica expulsando a la histórica mano de obra indígena y criolla.

En este marco, el imaginario político a fines de la década del 60 se asienta en el problema de la integración de los indígenas dentro de una ciudad imaginada, en general, como modernista, blanca y con descendencia europea (Giordano, 2008). Para la clase política chaqueña esta falta de integración estaba asociada a los procesos de urbanización en la ciudad capital, en una sociedad que no aceptaba ver estos grupos allí. Para algunos, se trataba simplemente de un problema solucionable potencialmente con el desplazamiento de los grupos tobas asentados en tierras fiscales de la zona periurbana de la ciudad de Resistencia. Para otros, se suponía que la inversión de

capitales extranjeros en la provincia podía revertir esta situación de marginalidad. Estas aristas del problema eran contempladas críticamente en las agendas técnicas y organismos desarrollistas de la época, quienes además proponían planificaciones alternativas.

En las palabras previas al informe⁸, de Nicolás Iñigo Carrera y Alejandro Isla, recordaron cuáles fueron los comentarios de las autoridades estatales que demandaba su trabajo de asesoría:

[...] Por cierto que en el momento en que se pasaba de la enunciación de la idea a los hechos, la “integración” quedaba reducida a la frase con que un Ministro del Gobierno provincial saludó al equipo de investigadores que se dirigía a hacer el trabajo de campo: “Señores, no quiero un indio más en Resistencia” (Iñigo Carrera e Isla en Hermitte y equipo, 1995a: 24).

La integración significaba en la política local que el indígena se insertara en actividades productivas alejadas de áreas urbanas. Así, los sentidos políticos acentuaban la construcción del indígena rural y en contexto de monte a pesar de que, por las transformaciones productivas, tuvieron que buscar nuevas formas de incorporación laboral. No obstante, el equipo de antropólogos que llegó a Chaco va a cuestionar tanto la idea de integración como también el marco del supuesto subdesarrollo que las generaba, dentro de un amplio debate que también estaba presente en las ciencias sociales. El rechazo analítico a la desintegración también estaba atado a las discusiones en torno al concepto de sociedad dual del desarrollo capitalista que la provincia habría heredado del pasado territorialiano. En palabras de los expertos:

[...] Entendemos que las comunidades aborígenes del Chaco y la estructura social de la provincia no aceptan una descripción de sus características acorde con el tipo ideal de “sociedad dual”. El modelo que puede dar cuenta de la configuración social chaqueña debe tomar como dato originario del sistema que la integración de los sectores aborígenes es un fenómeno temprano dentro del proceso de estructuración de la sociedad chaqueña y que su situación actual, primero, no es exclusiva del grupo aborigen, y segundo, que encuentra su explicación en el proceso de las fuerzas productiva de la provincia, en la estructura ocupacional resultante y en el sistema de clases que le corresponde (Hermitte y equipo, 1995a: 35-36).

En este punto, el objetivo de la investigación buscaba “confirmar o descartar la siguiente hipótesis: si el grado de marginación indígena es causado por la organización social y las formas culturales

⁸ Ambos también formaron parte del equipo de Hermitte y estuvieron encargados desde 1993 de la preparación de los tres tomos que finalmente se publicaron en 1995.

de los grupos en estudio” (Hermitte y equipo, 1995c: 97). La experiencia del trabajo de campo de aquellos años configuró interpretaciones sobre el lugar que ocupaba el indígena dentro de procesos históricos y económicos. El análisis meticuloso a la sociedad global dejaba en evidencia el cuestionamiento a las políticas indigenistas y de protección especial por la consecuente generación de dependencia en la incorporación social.

Dentro de las recomendaciones del equipo de antropólogos/as está la necesidad de crear instituciones y organismos específicos dedicados que la promoción indigenista que, a largo plazo, posibilite la meta del “cambio pacífico de la estructura agraria” (Hermitte y equipo, 1995a: 237) de Chaco. La orientación en las políticas para revertir la situación de marginalidad aborígen también adviene como una propuesta interdisciplinaria y burocrática. En la sugerencia de crear nuevas formas de estatalidad, se destaca el Comité Interministerial de Promoción de Comunidades Marginales compuesta por la Secretaria Ejecutiva (a cargo del gobernador provincial) y la Comisión técnica (que supone la articulación -ya existente en política agraria- de organismos científicos y productivos como el INTA, la UNNE, el CFI, etc.). Asimismo, el aporte primordial de los asesores del Instituto Di Tella es el proyecto de desarrollo de granjas mixtas de aproximadamente 1,5 a 3 hectáreas en las localidades de estudio. Para instrumentar el ambicioso proyecto se parte de las articulaciones con el Instituto Agrotécnico de la UNNE. Del mismo modo, la reforma que se preveía en la DPA procuraba generar cambios en el organigrama institucional de manera que la secretaría administrativa contemplara actividades productivas (como carpintería, proveeduría, explotación forestal, ladrillería, etc.).

Como vemos, la idea de integración, aunque cuestionada, no se aparta de la valorada categoría de trabajo con que históricamente se ha incorporado a estos sectores subordinados. Como expresa Lefebvre, “lo que llamamos ideología sólo adquiere consistencia a través de intervenir en el espacio social y en su producción, y en hacerse carne allí (1991, p. 44). Los expertos responsabilizaron al campo institucional respecto a la producción de la desigualdad observada, al tiempo que trazaron caminos de mitigación y mejoramiento por vía del desarrollo en contextos marcados por la etnicidad. Este es un punto interesante para problematizar en qué medida los aportes técnicos y sus valoraciones pueden considerarse dentro de los procesos de alterización a las mismas comunidades

que ellos abordaban, es decir, hasta qué punto podemos considerar sus recomendaciones como parte de los condicionamientos del capitalismo a estos grupos.

El Barrio Toba: convergencia de sujetos, espacios y relaciones

La barriada del Toba se configuró históricamente como un asentamiento espontáneo que tensionaba el imaginario modernista de Resistencia como ciudad fundada desde valores asociados a inmigrantes europeos. Dentro de las categorías de la época, los/as antropólogos/as lo consideraban una villa miseria y a los indígenas como sociedades tradicionales en transición dentro de las transformaciones que atravesaba la provincia. Los técnicos estimaron su población en unas casi 800 personas entre familias aborígenes, criollas y mixtas. Un año antes de la llegada de los profesionales contratados se había realizado el primer Censo Indígena Nacional (1966-1968). Habían relevado unos 1200 habitantes, pero según los propios técnicos aquellos censistas desconocieron que en el Barrio Toba también vivían criollos, que fueron contabilizados como indígenas.

La envergadura de la investigación dispuso que la permanencia de los/as antropólogos/as en el campo se extienda por seis meses ininterrumpidos. El criterio etnográfico en el que trabajaba Hermitte, que se había trasladado a Resistencia el tiempo requerido, era taxativo con la necesidad de que las notas de campo tuvieran un registro diario. Esta metodología permitió una prolífera descripción de actores, relaciones de poder y problemáticas propias de las dinámicas desarrollistas en el periodo.

Como tercer argumento, sostenemos que la consultoría privilegió la mirada antropológica en la configuración del conocimiento legítimo de la alteridad indígena y de su entorno, siendo la vivienda una de los espacios más atendidos y sobre los que recaen prejuicios y valoraciones desde las posiciones de clase social de los expertos. En este sentido, el conocimiento antropológico del hábitat indígena y de los espacios domésticos en el Barrio Toba -que, a su vez, ya eran objeto de regulación previa, como veremos a continuación- constituye un eslabón de los procesos de naturalización de la intervención respecto a ciertos grupos.

En esta oportunidad, focalizaremos nuestro recorte en tres tópicos que nos permiten comprender cómo los saberes expertos construían desde su mirada antropológica a los indígenas urbanizados y su red de relaciones sociales. En concreto, nos referimos a líneas de análisis que nos permiten explorar la arena local de la configuración desarrollista: la identificación de agentes barriales del desarrollo (principalmente, la Cruz Roja); la problematización antropológica de la cuestión de la vivienda indígena (el hábitat como espacio de intervención); y la dimensión de los valores (la higiene, el orden, las funciones de los espacios y la familia nuclear) en torno a los espacios doméstico que se impone a las familias indígenas del Barrio Toba en la época. A esas líneas significantes las profundizamos a continuación.

Desarrollo y tutela al indígena urbano

El informe técnico provee un mapa de actores locales que afectaron decididamente las modalidades de regulación social y las orientaciones de las políticas públicas en contextos interculturales, hasta nuestros días. Por ejemplo, ni la Municipalidad ni la DPA tenían representación institucional en el barrio, como sí la Cruz Roja Filial Resistencia bajo la Comisión de Señoras y el aval de la Guarnición de Monte. Como la provincia de Chaco era considerada zona de frontera, la presencia de Cruz Roja en el Barrio Toba se comprendía como institución ligada a la órbita del Ejército y al cuerpo de la Guardia Nacional. Cuando el equipo de Hermitte llegó al barrio, hacía casi una década que la población toba estaba siendo tutelada por las intervenciones de esta institución. Desde marzo de 1961, fue el organismo más relevante en el desarrollo comunitario. Según los expertos “su objetivo primordial es el mejoramiento del barrio, abarcando vivienda, educación, campaña sanitaria y organización de los aborígenes en grupos -cooperadora Cacique Taigovich y Cooperativa de Alfareros-” (Hermitte y equipo, 1995a: 220).

Es en este punto donde los/as antropólogos/as advierten la operatoria de una institución local con gran injerencia en la regulación sobre los nuevos migrantes indígenas y sus prácticas en el espacio doméstico. La Cruz Roja aparece como insoslayable en las aristas que la idea de integración detentaba en el barrio. Pues, la institución será tanto la encargada de cuestionar las propuestas estatales de desplazamiento de las familias indígenas a sus lugares de origen como quien intervenga en múltiples planos de lo barrial: promovía la incorporación de hábitos de higiene entre las familias;

resolvía las demandas de trabajo hacia el Estado (la Municipalidad, la policía, etc.); y gestionaba el acceso a políticas educativas o culturales para los tobas, que también les permitió a los pobladores disputar recursos o medios de subsistencia. Algunas actividades que datan de este periodo son la formación del Coro Toba, la promoción y comercialización de la artesanía y la creación de la escuela primaria del barrio⁹.

Para los/as antropólogos/as, la población toba había perdido las jerarquías y liderazgos políticos tradicionales ni mucho menos asociados a fraccionalismos partidarios (y esto no es menor en una etapa de proscripciones políticas). En las descripciones se menciona que “en el barrio no hay cacique” (Hermitte y equipo, 1995c: 186). Los agentes de la Cruz Roja ocupaban de algún modo ese lugar al ser considerados por los vecinos como interlocutor gravitante en el Barrio Toba, aunque sean también generadores de conflictos y grupos disidentes a sus lineamientos religiosos (católicos) o prácticos (la caridad). La ausencia de cacique, rasgo que la Cruz Roja entendía como necesario para la integración, parecía suplirse con una Junta Vecinal elegida democráticamente. Según los/as antropólogos/as, esta entidad contaba con un imaginario idealizado de procesos democráticos barriales sin poder visualizar la jerarquía que ella misma representaba.

La opinión del equipo de Hermitte hacia las formas de intervención de la Cruz Roja fue, en general, positiva. La institución era considerada por los expertos como un “aliado inmediato” de las tácticas a largo plazo dada su gran “capacidad para obtener subsidios oficiales, donaciones privadas y ubicación de aborígenes en puestos municipales” (Hermitte y equipo, 1995a: 219). También al considerar las incipientes negociaciones de la Cruz Roja con el municipio (y éste con el ferrocarril) para avanzar en la tenencia y titulación de la tierra. No obstante, los autores del informe advertían que era necesario corregir una tendencia a la burocratización y la creación de fronteras rígidas entre

⁹ En consonancia con gran parte del indigenismo provincial que bregaba por políticas integracionistas ligadas al campo educativo como ámbito de “aculturación”. En 1958, se realizó en la ciudad de Resistencia la Primera Asamblea Indigenista Chaqueña que contó con representantes del ámbito político, sanitario, histórico y educativo del Chaco. En esa oportunidad, el maestro René James Sotelo, uno de los precursores del indigenismo local, hizo especial hincapié en la educación, más precisamente en el cambio de la cultura educativa respecto al indígena. Sotelo consideraba que el integracionismo, más que la mera incorporación laboral, era el eslabón central para el desarrollo integral del aborígen. En sus propias palabras: “Integrar, significa contribuir al desarrollo integral de la personalidad y la comunidad aborígen. Llevar a cabo una acción integral en lo educativo, económico, sanitario, social, etc., acelerando el proceso de aculturación en las áreas interculturales (...)” (Sotelo, 1968; citado en Giordano, 2008: 148).

indígenas y criollos que se disputaban los recursos por compartir posiciones de clase social. Como fuere, la legitimidad que tenía la acción de este grupo de personas blancos en el barrio se sostenía en el reconocimiento de que antes de la intervención de la Cruz Roja “no existía ni una sola letrina, ni cocina, ni huerta, ni plantas” (Barreiro, 1967; citado en Hermitte y equipo, 1995c: 172-173) como indicadores del progreso barrial.

El estudio concluyó que “el problema es más agudo desde el punto de vista urbanístico que antropológico social” (Hermitte y equipo, 1995a: 182). La mirada técnica como solución a los problemas domésticos del Barrio Toba adoptaba puntos específicos para pensar a la configuración desarrollista (Castelnuovo, 2019) como solapamiento sobre sí misma que genera nuevas vinculaciones institucionales y burocráticas. Por ejemplo, el equipo de Hermitte puso énfasis en la mirada experta de los profesionales locales vinculados a la UNNE como aportes complementarios¹⁰. Al recomendar “resolver los problemas urbanísticos y habitacionales del asentamiento”, los asesores metropolitanos encargan que sea la Municipalidad de Resistencia quien intervenga en el futuro. A su vez, esta instancia estatal “debería utilizar el asesoramiento del Departamento de Planeamiento de la UNNE, aprovechando así la valiosa experiencia recogida por este equipo” (Hermitte y equipo, 1995a: 223). De este modo, las prescripciones que enfatizaban los expertos proponían estatalizar las mejoras barriales objetivas que hasta ahora había emprendido la Cruz Roja en cuanto organización y transformación del asentamiento informal en un barrio formal.

La mirada antropológica a la vivienda indígena

El desarrollo no sólo es un solapamiento de burocracias sino también de marcos interpretativos que promueven ciertas formas de inteligibilidad de la pobreza y la marginalidad sobre otras. El equipo de antropólogos/as supuso que la vivienda formaba parte de los indicadores del nivel de vida de los indígenas. En el análisis de la articulación etnográfica que realiza Guber (2013), puede

¹⁰ En 1960, la UNNE creó la Facultad de Ingeniería, Vivienda y Planeamiento. En 1973, se autonomizan las disciplinas y surge la Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Además de formar ingenieros agrónomos, también producía arquitectos y planeadores que eran tres profesiones sumamente valoradas por el equipo de Hermitte. Durante la presencia de la Cruz Roja en el barrio, el Club de Madres contó con la asistencia semanal de un Ingeniero Agrónomo que enseñaba la creación, mantenimiento y consumo de productos de huertas a las mujeres.

evidenciarse en las notas de campo las vinculaciones entre la vivienda y las prácticas de transculturación en la sociedad mexicana, objeto de su tesis doctoral. En México, la antropóloga social llevó a cabo un análisis censal para la descripción del espacio físico y del grupo doméstico, muy similar al que desarrolló con su equipo en Chaco. En su descripción sobre la cultura material en la localidad de Pínola, no le atribuye correlación al tipo de vivienda con respecto a la adscripción étnica como sí a la condición socioeconómica de los indígenas. Para el caso de Resistencia, el informe menciona que “no hay diferencias observables con la vivienda de los no aborígenes” (Hermitte y equipo, 1995c: 152). Es decir, la vivienda desde la descripción física del espacio doméstico aparece vinculada a una cuestión de clase social más que de etnia.

En 1966 había comenzado en el Barrio Toba la construcción de las viviendas sociales con materiales industriales por parte del Estado provincial¹¹. Esta política constituye uno de los principales antecedentes en la intervención estatal planificada y a gran escala en el hábitat indígena chaqueño. Por lo cual podemos suponer que el equipo llegó a conocer, al menos, la primera etapa dado que la segunda se finaliza en 1970. Las observaciones etnográficas a estas viviendas sociales sólo se infieren por las referencias, primero, a las dimensiones estandarizadas y reducidas de los lotes que ideó la Cruz Roja; y luego, a los posibles procesos de regulación dominial que se rumoreaban en ese momento. Es decir, la construcción progresiva de viviendas con materiales industriales es interpretada como resultante de un periodo donde “comienzan a visualizar esperanzas sobre la tenencia definitiva de la tierra, en función de las negociaciones entre el municipio y el ferrocarril” (Hermitte y equipo, 1995c: 157). Veamos el siguiente párrafo del informe:

[...] Las dimensiones de los lotes son normalmente de 8 m. de frente por 20 a 25 m. de fondo. Normalmente se da el caso de que las viviendas que alojan familias con vínculos familiares y son contiguas, no cierran el lado interno de sus lotes, conformando así un gran espacio de 16 a 24 m. por 20 m., con dos o más viviendas y uno o dos lugares comunes de “reunión” al exterior. Estas dimensiones fueron impuestas posiblemente por la Cruz Roja como medida de ordenamiento, en función de las restricciones de disponibilidad de superficie; por lo tanto, no

¹¹ El primer momento corresponde al año 1966 donde se construyen 110 unidades habitacionales abovedadas en el Pasaje Cruz Roja. El segundo momento corresponde al año 1970 donde se construyen otras 110 viviendas en el Pasaje Wainolek.

se puede saber a ciencia cierta si ésta hubiera sido las que demandarían ellos en otras condiciones (Hermitte y equipo, 1995c: 152).

Las medidas de ordenamiento barrial encaradas por la Cruz Roja posibilitaron, a los ojos de los expertos, transformar las condiciones extremas de marginalidad y hacinamiento que caracterizó al asentamiento hasta 1961. En este sentido, se sirven de los argumentos elaborados por un funcionario de la cartera de Salud en la Provincia en ese momento. En ese documento, el médico se expresaba en los siguientes términos sobre los momentos previos al mejoramiento social que se percibía por esos días:

[...] En marzo de 1961, cuando la Cruz Roja inició su labor, el barrio estaba prácticamente escondido entre malezas y pajonales, formado por un apiñamiento de toldos bajísimos, verdaderas pocilgas, que más parecían guarida de animales que albergue humano. Cuatro varillas, un poco de paja, muchas alpilleras y latas constituían la vivienda del aborigen; desperdicios, excretas, perros famélicos, moscas, pulgas, piojos y vinchucas, rodeaban y compartían el ámbito el ámbito familiar (Barreiro, 1967: 3, citado en Hermitte y equipo, 1995c: 172-173).

De tal manera, la calidad de la vivienda llegó a ser una arista de las observaciones antropológicas y del diagnóstico de los actores heterogéneos. Tales apreciaciones reforzaban tanto el valor de la agencia de la Cruz Roja en el barrio como el sentido de los efectos materiales en la consideración subjetiva de la familia extensa. En efecto, en el informe también se explicitan los mecanismos naturalizados por los cuales la filial de la Cruz Roja se articula con la municipalidad para la separación familiar. El informe de Hermitte y equipo va a mencionar que “la Municipalidad, a pedido de la Cruz Roja, subdividió el espacio del barrio en lotes pequeños que amojonó, dando cada uno a una familia” (Hermitte y equipo, 1995: p. 194). O como va a expresar Alejandro Isla años después y desde un tono más negativo, “a una familia extensa no le daban dos o tres parcelitas juntas, sino que se la repartían en diferentes lugares del barrio” (Hermitte y equipo, 1995c: 18). De este modo, señalamos el temprano interés en el acceso a la vivienda social y la cooperación entre distintos organismos para lograrlo. El informe del equipo de Hermitte es altamente valorado para advertir los mecanismos políticos de localización, otorgamiento y distribución de las parcelas de tierras que operaban en el periodo. Pues, la Cruz Roja articulaba los presupuestos etnocéntricos basados en una idea de familia nuclear con las estrategias de intervención territorial de las políticas municipales sobre la cuestión indígena.

La modelización de las prácticas tradicionales indígenas

Al focalizar en la injerencia de la vivienda, poco a poco nos permite advertir otras dimensiones del poder de esta institución como eslabón clave de la configuración desarrollista (Castelnuovo, 2019). El informe se detiene en descripciones sobre las acciones desplegadas por el Club de Madres que funcionaba bajo los lineamientos de Cruz Roja. Este club tenía dos objetivos puntuales que representan cómo se naturalizaban ciertos valores dominantes en relación al espacio doméstico y al espacio público en el barrio. En concreto, el objetivo era administrar entre las mujeres del barrio educación higiénica y del cuidado instruyendo enseñanzas en distintas tareas: la preparación de alimentos, la creación de huerta, el aseo personal y del hogar, el lavado de ropa, etc. En este tópico, el informe de los expertos refirió a la promoción de las prácticas de higiene hogareña, aspectos que nos permite reflexionar sobre la reproducción de ciertas desigualdades en el barrio:

[...] Ese poder se expresa en las sanciones positivas y negativas a que puede recurrir la Filial para obtener la cooperación de los habitantes. Dentro de lo que aquí llamamos sanciones positivas, entran los beneficios acordados, tales como repartos de objetos, medicamentos, alimentos, ropa (por ejemplo, capotes del ejército que se dieron a condición de que los indígenas tuvieran sus viviendas en forma presentable) y ubicación en el mercado laboral de Resistencia. Ya que la Filial adhiere a una filosofía “progresista” los beneficiados son aquellos que demuestran en su actitud y en sus casas en el aseo y labor que se ha inculcado. Los que no obran así, son sancionados negativamente, excluyéndoles de los beneficios mencionados (Hermitte y equipo, 1995c: 185).

El imaginario dominante en la modernización cultural que por esos años atravesaba Resistencia como capital de la nueva provincianía chaqueña también tenía su correlato en el Barrio Toba como espacio urbano periférico. En efecto, el liderazgo y organización barrial desde la Cruz Roja moraliza las condiciones de habitabilidad desde parámetros sanitarios externos a la comunidad indígena que les inculcaba a tener una casa aseada. Si en el apartado anterior, veíamos la reproducción de la idea de familia nuclear -que se promueve desde la década de los cuarenta en la cultura política argentina (Aboy, 2005)-, estos preceptos se complementan con mecanismos de vigilancia y control bajo la sencilla exigencia de exhibir una vivienda en forma presentable. Estas lógicas también tendieron, al interior de la vivienda, a impugnar la matriz cultural indígena basada en familia extensa considerada como característica inmoral, atávica o promiscua.

No obstante, existe un tópico invariable en las etnografías que el informe recogió en la provincia dando cuenta de ciertas representaciones estereotipadas sobre la fragilidad de la vida indígena y de las implicancias de un encuadre ideológico con relación a la desigualdad de clase. Nos referimos a las referencias sobre la carencia o la presencia y localización del retrete que van a registrar los saberes expertos. Las descripciones de los/as antropólogos/as aseveraban que fue uno de los principales problemas sanitarios en tanto focos infecciosos. De todos modos, la regular presencia del baño como función específica en el espacio doméstico en el Barrio Toba –que, generalmente es compartido por dos o más familias y siempre se ubica lejos de la vivienda- se diferencia de otras unidades domésticas estudiadas. Este señalamiento puede ser leído como un claro resultante del grado de disciplinamiento en las conductas por parte del trabajo y las políticas de la Cruz Roja. En la construcción de estos espacios objetivados se evidencia un tipo de experiencia socio-perceptiva hegemónica que los/as antropólogos/as reproducían en sus investigaciones.

Conclusión

En el trabajo, describimos los sentidos y los valores que instituyeron experiencias referidas a los modos de conocer los grupos indígenas dentro de una intervención concreta del Desarrollo. La lectura sobre las formas de localización de la configuración desarrollista en este barrio es apenas una primera aproximación dentro de cúmulo de disputas situadas y formas de resistirlas que claramente exceden este trabajo. Empero, en nuestro enfoque se manifiesta la convergencia entre las descripciones antropológicas y los proyectos hegemónicos sobre lo indígena en contextos urbanos, basados en la integración y en valores productivistas.

El artículo nos permitió la revisión de objetivaciones sobre lugares, sujetos y relaciones por las cuales el saber antropológico converge con agendas transnacionales, debates académicos e instituciones barriales en una etapa singular del capitalismo chaqueño. En efecto, el campo antropológico metropolitano, incluso desde su posición de clase social y con un alto grado de reflexividad sobre sus propias prácticas, se articula con otros grupos desde un lugar ideológico de interrogación/visión. El análisis de las descripciones sobre las unidades domésticas de las familias indígenas se trama con el discurso del desarrollo y las propuestas de integración a la alteridad. En un escenario caracterizado por la transformación estructural del agro chaqueño, la producción

escrituraria de los/as antropólogos/as iba de la mano del valor de los expertos convertidos en consultores de políticas estatales. En la década del 60 y 70, el imaginario desarrollista no pudo prescindir de saberes académicos en el derrotero de la antropología metropolitana por el gobierno de la provincia de Chaco. De esta manera, advertimos la concatenación de instituciones, prácticas significantes y proyectos políticos en un mundo académico que “derramaba dólares creando fundaciones, expertos y universidades” (Guber, 2013: 50). De este modo, no sólo es relevante desde *dónde* el campo antropológico analiza –desde qué marcos interpretativos y categorías teóricas- en su llegada a la provincia de Chaco; sino más bien en *qué* marco local se inscribe ese encuentro entre 1969 y 1970 y *cuáles* son los lugares de la experiencia indígena urbanizada que resultan significativos en este periodo histórico.

Una década después de su creación, el CFI estuvo dedicado al estudio de la marginalidad y promoviendo mecanismos de planificación en distintos puntos del país. En Chaco, el informe en cuestión constituye el primer abordaje a las condiciones de habitabilidad indígena desde la preocupación política de la DPA por el “aborigen chaqueño”. Es innovador y original en la elaboración de las propuestas y en el perfil de políticas recomendadas que surgen del abordaje a modo de diagnóstico. En este sentido, la antropología aplicada desde el trabajo liderado por Hermitte, de manera contradictoria, condujo tanto a cuestionar interpretaciones dominantes como analizar el mundo doméstico del indígena en una ciudad de Resistencia durante este periodo políticamente convulsionado.

El artículo problematizó también las interpretaciones sobre los actores locales: la presencia de la Cruz Roja a partir de las descripciones observadas y registradas en el informe final para el CFI. En tanto eslabón del Desarrollo, analizamos cómo los informes referían a los modos por los cuales la Cruz Roja mediaba con respecto a distintos actores. Con la inculcación de valores basados en torno al hogar unifamiliar aseado y “presentable”, la intervención sobre el espacio doméstico y la vivienda se inscribe como el objeto ideológico predilecto para marcar renovadas distancias sociales. Así advertimos cómo el anudamiento de esta red de actores que, en nombre de la asistencia o la neutralidad técnica, no sólo contribuyó a prácticas de alterización sino a ensamblar formas de espacializaciones urbanas y control social en una ciudad que se modernizaba.

Con un fuerte peso de los académicos de Buenos Aires en tanto centro de producción de conocimiento, el indígena en el contexto urbano se construyó como problema interdisciplinario y técnicamente reversible. En este punto marcamos la relevancia de periodizar y sistematizar las interrelaciones entre saberes académicos, imaginarios nacionales y discursos provinciales involucrados en definiciones coyunturales del problema (de la vivienda) indígena expresión de la desigualdad estructural. De allí que el ejercicio de develar construcciones sobre alteridad y habitabilidades requiere desnaturalizar la violencia de las construcciones moralizadas dentro de procesos de larga duración y en los intersticios de proyectos políticos hegemónicos. Desde los años 60, la vigilancia institucional inaugura formas de disciplinamiento en torno a la cultura y la habitabilidad del Barrio Toba que será cada vez más intervenida estatalmente, hasta el presente.

Bibliografía

ABOY, Rosa (2005) Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-Universidad de San Andrés.

ALMIRÓN, Adrián (2017) "Los expertos en el Chaco: investigación y política agraria (1920-1972)". Coordinadas. Revista de historia local y regional, Vol. 4, N° 1, pp. 147-170.

CASTELNUOVO, Natalia (2019) "Representaciones e ideología de ONG confesionales del chaco salteño". Antropologías del Sur, Año 6, N°11, pp. 39-61.

DOMÍNGUEZ MON, Ana, et. al. (1997) "De Belén a la Rosada. Tramas del poder local y nacional en la etnografía de Esther Hermitte". Ponencia presentada en V Congreso Argentino de Antropología Social: lo local y lo global. La Antropología Social ante un mundo en transición del 29 de Julio al 1 de agosto de 1997 en la ciudad de La Plata.

ESCOBAR, Arturo (1999) "Antropología y desarrollo". Maguaré, N° 14, pp. 42-73.

ESCOBAR, Arturo (2007) La invención del Tercer Mundo Construcción y deconstrucción del desarrollo. Caracas, Fundación editorial el perro y la rana.

GIORDANO, Mariana (2008) Discurso e imagen sobre el indígena chaqueño. La Plata, Colecciones al margen.

GUARINO, Graciela (2006) "Los tobas de la ciudad de Resistencia: el desafío de vivir en los márgenes". Cuaderno Urbano, N° 5, pp. 35-54.

GUARINO, Graciela (2011) "La resignificación de la territorialidad étnica en el proceso de urbanización de los indígenas del Chaco (Argentina)". Revista de Investigación Social, año VIII, N° 12, pp. 85-110.

GUBER, Rosana (1998) "Comentario a la polémica Briones-Gordillo". Publicar, VI (7), pp. 131-143

GUBER, Rosana (2013) La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte. Buenos Aires, Biblos.

LEFEBVRE, Henri (1991) The production of Space. Oxford: Blackwell.

LEONE, Miguel (2016) De “pueblo pobre” a “pueblo indígena”. Pastoral aborigen y saberes antropológicos en la región chaqueña argentina (1979-1985). *Quinto Sol*, 20(3), pp. 1-23.

NEIBURG, Federico y PLOTKIN, Mariano (Comp.) (2004) Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina. Buenos Aires, Paidós.

WILLIAMS, Raymond (2000) *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.

Fuentes

HERMITTE, Esther (1972) “Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la Provincia de Catamarca”. Buenos Aires, Biblioteca CFI.

HERMITTE, Esther y equipo (1995 a y c) *Estudio sobre la situación de los aborígenes en la provincia del Chaco y políticas para su integración a la sociedad nacional*. Posadas, Editorial Universitaria de Misiones. Volúmenes I y III.

Cómo citar

QUEVEDO, C. (2020). Saberes expertos e indígenas urbanos en los años sesenta y setenta (provincia de Chaco, Argentina). *Revista Cardinalis*, 8(15), 459–482.

Recuperado a partir de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/cardi/issue/view/2246>